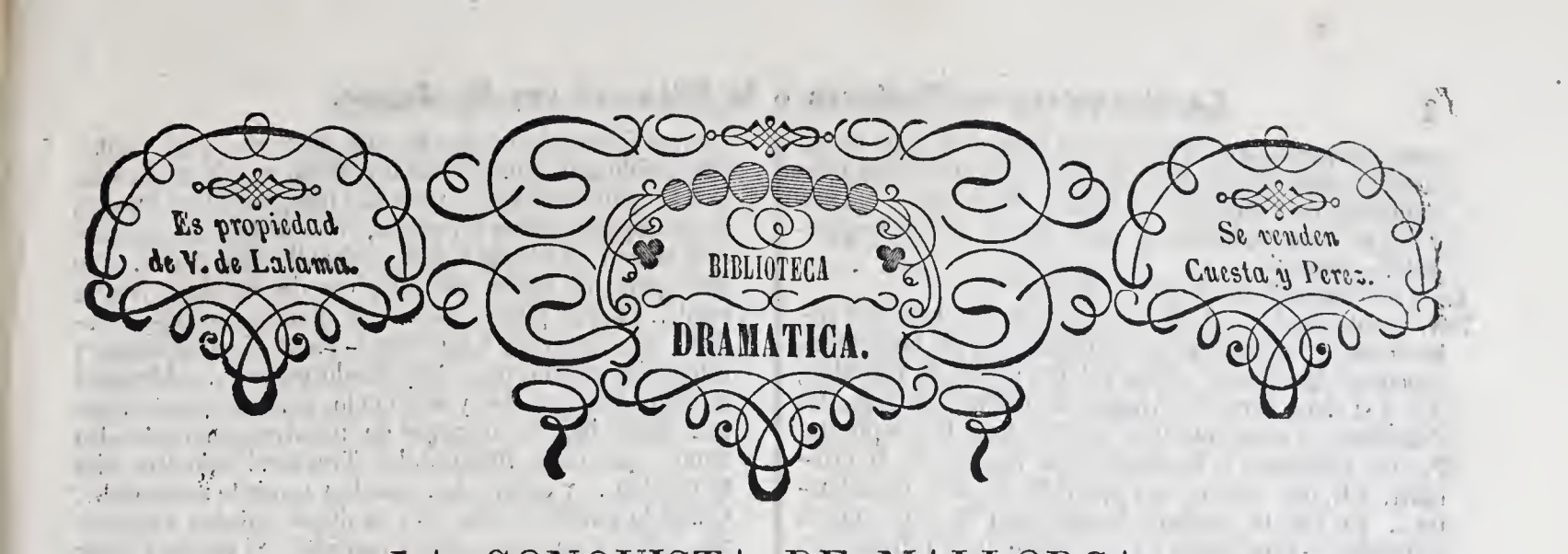

LA CONQUISTA DE MALLORCA
Ó LA HIJA DEL REY DON JAIME.

Drama en tres actos y cinco cuadros por Hugelmann Gabriel, *arreglado á la escena española por* D. G. A. L. *y representado con aplauso en los teatros de Barcelona.*

PERSONAJES.

D. JAIME, *rey de Aragon.*
RETABOHIHE, *rey moro de Mallorca.*
ALÍ, *gefe moro.*
NUÑO SANZ, *embajador de D. Jaime.*
EL INFANTE D. JAIME, *de corta edad.*
HASSAN.
EL OBISPO DE BARCELONA.
EL ARZOBISPO DE TARRAGONA.
GUILLEN DE MONCADA.
BEN-ABET.
HUGO.
MONTANER.
ZAFORTEZA.
PEDRO GRONY.
CATALINA, *hija de D. Jaime.*
FATHMA, *muda.*
DOS MUDOS, *soldados moros etc.*

La escena pasa el primer acto y el tercero en Mallorca, y el segundo en Barcelona.

Año de mil doscientos veinte.....

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

LA CAUTIVA.

El teatro representa una galeria del palacio de los reyes moros de Mallorca.—En el fondo la puerta de la habitacion en que se halla presa Catalina.—A la derecha una ventana ojiva que dá al mar.

ESCENA PRIMERA.

Dos mudos armados de centinela junto á la habitacion de CATALINA.—ALI, *con magnifico trage oriental, apoyado contra una columna de la derecha, con la mano en el pomo del puñal y mirando la puerta que guardan los mudos.*

ALI. Ya hace una hora que el rey está con ella, y cada minuto que pasa, acaricias mi pecho ¡oh puñal mio! con tu sangrienta punta.—Mahoma... legislador fatal, ¿por qué hiciste de ese hombre mi soberano? ¿Ignoras que Alí amaria á la cautiva cristiana, como el leon de nuestros desiertos de Africa á la leona que codicia?—Desde que se halla aquí esa mujer, soy un insensato; la profecia de mi madre cruza sin cesar mi espíritu... ¿Será cierto que Alí ha de ser un dia cristiano?—¡Catalina!... ¡dulce nombre que suena en mi oido, tan plácidamente como el murmullo de las brisas al nacer las adelfas!... ¡Catalina! Y á mi es á quien confia el Soberano la custodia de esa mujer!... ¡A mi es á quien ha revelado la pasion que le arrastra hácia ella!... Hácia ella, que no le amará jamás... ¡que no puede amarle! Pero ¿y si le amase?... ¡Oh! ¡imposible! ¡A él... su raptor! A él... cuya mano está teñida con tanta sangre cristiana!—¡Ay! ¿Podré ser amado... yo, su carcelero... que silencioso, siempre á su lado, le permito tender sus ávidas miradas hácia el pais que la vió nacer; desde esa ventana que dá al mar, á pesar de las órdenes de mi rey?—¡No sabe, no, los peligros que arrostro para darla este instante de felicidad, ni los sabrá jamás!—¡Siempre con ella!—Tal vez llora... al menos gozará con sus lágrimas... ¡Ya sale!... ¡es él!—¡Dios mio, bendito seas... iba á morir!

ESCENA II.

Los mudos, BEN ABET, RETABOHIHE *apoyándose en los brazos de este,* HASSAN, ALÍ, *gefes moros.*

RET. (*Saliendo del aposento de Catalina. Su ademan es muy triste, y se dirige lentamente hácia Alí.*) ¡Jamás!.. jamás!... ¡si, eso ha respondido! (*Advierte la mirada orgullosa de Alí y le juzga con la suya.*) ¡Alí!

ALÍ. (*Doblando con repugnancia la rodilla.*) ¡Señor...!

RET. (*Tranquilizándose.*) Levántate.—No tengo cólera para Alí. (*á los gefes que le rodean.*) ¡Retiraos! (*Todos se retiran hácia el fondo. Retabohihe toma la mano de Alí.*) ¡Ah!... ¡que débil... que desgraciado soy!

ALÍ. Ya sabeis que vuestra tristeza es la mia, señor.

RET. No, Alí, tú no puedes comprenderla.—Yo, Soberano de Mallorca, á los pies de una esclava cristiana!—Si, no es mas que mi esclava la hija de Jaime de Aragon.

ALÍ. ¿Quién sabe si un dia os la reclamará D. Jaime? Decidme... ¿Entonces le devolveriais su hija?

RET. ¡Devolvérsela...! Nunca... ¡imposible! Solo dulzura ha encontrado en mi, hasta ahora, para alcanzar su

25'1125

amor: he puesto á sus pies todo el fuego que arde en mi corazon junto con mi poderío, para que sus lábios pronunciasen esta anhelada palabra.—Tuya soy.—De rodillas se lo he suplicado, y sabes lo que me ha respondido?—¡Jamás!

ALÍ. (*reprimiendo su alegria.*) ¡Jamás!

RET. ¡Tanto desden... tanto orgullo, cuando solo una palabra mia es bastante para sepultarla viva en los subterráneos de Almudena?—Esta palabra saldrá de mi lábio, Alí; y si viene el rey de Aragon á pedirme su hija, los defensores de estas murallas sabrán darle la respuesta. Por eso solamente te he confiado la guarda de la cristiana, á ti, que eres el mas querido de mis confidentes... por eso te confiaré la ejecucion de mis nuevos proyectos.—Tres dias la he concedido para reflexionar; si se acaba este plazo, y su sonrisa no embellece mi serrallo, irá á hundir su belleza en la oscuridad de mis calabozos... ¿Pero qué tienes, Alí? ¿Por qué palideces?

ALÍ. (*con forzada sonrisa.*) No es nada, señor... ¡nada! (Ya he visto al tigre... pero aqui está el leon.)

RET. Durante estos tres dias, no saldrás de esta galeria sino cuando yo te llame.—Quedan á tu disposicion esos mudos, y te doy la libertad de hacer lo que quieras, para castigar al temerario que ose penetrar hasta aquí. —Que no abandone la cristiana esa estancia hasta que yo vuelva. Quiero hablarla por última vez. (*con severidad.*) Tu cabeza me responde de la ejecucion de mis órdenes. (*mudando rápidamente de tono.*) ¡Ah! mi querido Ali, ¡qué desgraciado soy! (*recobrando su imperio.*) ¡Ben-Abet y vosotros todos, al consejo!

ESCENA III.

Los dos mudos, ALÍ.

ALÍ. ¡Su querido amigo!... ¡Qué burla mas atroz!—Ciego tirano, me llamas tu mas íntimo confidente... y me amenazas con la muerte!—Tuya es mi vida, sí... pero solo arrancándomela podrás saciar tu cólera en tu cautiva. —La hablaré hoy.... es forzoso que la salve, y que ponga en manos de su Dios mi alma y mi destino.— ¿Qué me importa la maldicion del profeta, si acepta mi vida con una mirada piadosa? (*á los mudos.*) Desalojad esa puerta, y retiraos á los lados de la galeria. Estad atentos al menor murmullo, al mas leve rumor de pisadas.—¿Recordais que os arranqué á la muerte lo mismo que á Fathma?—¡Salvad pues hoy á vuestro libertador! (*los mudos le obedecen y le besan la mano.*) ¡Fathma!

ESCENA IV.

Dichos, FATHMA, *despues* CATALINA.

ALÍ. (*á Fathma que aparece en la puerta.*) La ocasion es propicia... puede salir la cristiana.—(Madre mia, vos que me asegurasteis lo que va á suceder, guiadme desde el alto cielo donde debo veros algun dia.—¡La cristiana!)

CAT. (*conducida por Fathma. Lánzase con afan hácia la ventana, y Alí permanece en el fondo sin dejar de mirarla.*) ¡El mar!.,. ¡el cielo azul!...—¡Allá está mi hermosa Cataluña, que no volveré á ver jamás!—Todos los dias, cielo aplacible, busco en vano en tu horizonte una vela amiga!... ¡Ah! ni esas ondas ni ese cielo me enseñan lo que espero!—Querido padre, ¡qué razon tenias al no dejarme emprender este viaje fatal!... ¡No debiais abrazar mas á vuestra hija!—¡Cautiva!—¡Oh!. . ¡esto es horrible!... ¡Y cautiva de este hombre insensato que aborrezco, y que me insulta con su amor!—¡Cautiva de un enemigo de mi Dios y de mi padre!—Antes morir, que volver á oir sus palabras.—¡Pero... valor!. . ¡Todo habrá acabado ya dentro de tres dias!—¡Me matará... y es preciso que me mate!—No volveré á salir de mi prision.—Yo os saludo por la vez postrera, ¡oh! mar... ¡oh! ¡cielo azul donde tanto me placia seguir en su vuelo á las pintadas aves!—Queridas olas, llevad en vuestra verde espuma, hasta mi pátria, el eco de mis sollozos que os dan un último á dios, y decidle á mi padre, que solo para él serán mis suspiros de agonia.—¡Padre mio!... ¡Morir! ¡Oh!... no... ¡no quiero morir!—Vendrá... sí... ¡vendrá á salvarme! Tiene ligeras naves y esforzados caballeros... Aun puedo esperar... Abrazaré á mis padres, y veloz y sonriendo, correré como en dias mas felices bajo los naranjos de nuestros palacios.—En vano... ¡en vano, insensata!—¡Tres dias! solo tres dias te quedan... y estás sola... ¡no hay quien te defienda!... Quién te pueda arrullar con la dulce palabra esperanza... ¡Estoy perdida... estoy perdida! ¡Si pudiera pedir ausilio!... Pero no hay nadie... solo helados centinelas me rodean... (*lanzando á Alí una mirada de desprecio.*) y hombres que tienen el corazon de hierro.

ALÍ (*arrodillándose á sus plantas.*) Oh! no digais eso... callad... callad! (*incorporándose.*)

CAT. ¡Un libertador!—No me engañeis... no me engañeis!—Mi padre es uno de los mas grandes reyes del mundo, y puede daros tanto oro... tanto poderío como haya soñado vuestra ambicion. ¿sereis un génio benéfico, vos á quien miro como mi verdugo?—Pero no... ha sido una ilusion... no habeis dicho nada... y callais!—Tres dias... y despues morir!

ALÍ. Morir!... vos!... No, Catalina, otro corazon recibirá por el vuestro, el golpe de muerte que os amenaza... Sois demasiado hermosa, y os espera un porvenir de dicha; no abandona Dios los ángeles que envia sobre la tierra! ¿Pero, decid, solo sabe pagar con oro vuestro padre á los que le hacen un servicio? Catalina, los sacrificios no se pagan con oro, sino con gratitud!... Oh! ¿Qué me respondeis? Bastante os he dicho para que me contesteis.—Os amo... no os enojen mis palabras.—Os amo... pero no como ese hombre que os tiene aquí presa... no;—al amaros en vez de haceros padecer, yo soy el que padezco!—Os amo, no para que seais mi esclava, sino para estar á vuestras plantas.— Si yo fuera señor aquí, os diria... Tomad la mas hermosa de mis naves, sed feliz lejos de mí... y me contentaria con la ventura que os hubiera dado!... Pero no soy el rey... no poseo más que mi vida... y es vuestra esta vida! Oh! Catalina, solo os pido de rodillas, que me reconozcais digno de vuestra amistad de hermano, ya que no de vuestro amor.—Vuestro padre es un gran rey, necesita leales vasallos... decidme... ¿qué puedo hacer para llegar á serlo suyo un dia?

CAT. Milagro... milagro vuestro es este, oh Dios mio! ¿Será cierto?... ¿Podré esperar aun? Podré... No... no.... me engañais.—Estos mudos... esa mujer que nos escucha, esclavos son de vuestro rey, y vos su más íntimo confidente.—Volver á ver á mi padre! Estoy loca... sí... loca!

ALÍ. Estos mudos y esa mujer están á mi disposicion.— Me deben la vida, y son leales.—¿Qué decís? ¿Veis como no os engaño?—Si creeis en el respeto de un hijo para con la memoria de su padre, que yace bajo la losa, oid lo que os voy á decir.—Hallábame un dia, al espirar el sol en el cárdeno occidente, sentado á la orilla del mar, y á los piés de la que me dió el ser... Era muy jóven entonces! Yo contemplaba sonriendo, cómo bañaban sus alas las aves en las espumosas ondas; mi madre acariciaba con su mano mis blondos cabellos, y cada vez que me veia sonreir, me estrechaba cariñosamente contra su corazon!—De repente su rostro se tiñó con una nube de sombria tristeza, y me dijo:—Alí, mira con atencion al cielo: ¿no ves donde toca su azulado espacio la inmensidad de los mares? Cuando seas hom-

RDC/RcU

bre, un génio querido vendrá de este lado de la isla, y de él dependerá tu destino.—Tras sus huellas, se lanzarán las naves de un conquistador; y cuando tus ojos vean la primera vela, irás hácia ella á nado, y cuando vuelvas á pisar la orilla de esta isla, ya no será del profeta, sino del hijo de María!—Aun no se ha borrado de mi memoria esa profecía; y cuando llegué á ser hombre, dudé de ella, oh! Catalina; pero ha llegado ya ese ángel, y sois vos. Creed que no tardará en aparecer la nave, porque vuestro padre no os dejará abandonada en la esclavitud; y si yo debo por vos lanzarme á nado para alcanzar la primera nave cristiana que aparezca en el horizonte, una palabra vuestra bastará para que así lo haga.—Y ahora, Catalina, ¿me creeis? ¿Dudais aun?

CAT. Si... sí!... os creo... necesito creeros. ¿Pero no temeis que os escuchen?—No quiero acarrear vuestra desgracia... no quiero ser fatal para nadie!

ALI. No temais por mí, Catalina.—Si os maltratasen... si murieseis... moriria yo despues de desesperacion. ¿Por qué me negais la dicha de morir para salvaros?

CAT. ¿No es bastante una víctima?

ALI. ¡Una víctima!—Dios es grande, y sea ó no Mahoma su profeta, no permitirá que el crímen triunfe.—Un secreto presentimiento me asegura que muy pronto vais á ser feliz, y por eso os vuelvo á repetir:—Decidme, ¿qué debo hacer para ser digno de servir al rey que os llora en vuestra amada patria?

CAT. Alí, todo lo que hoy sucede entre nosotros, es extraordinario; yo no puedo explicarme lo que siente mi corazon al oiros; pero ¿qué puedo deciros cuando es tan noble vuestro lenguaje?—Me preguntais lo que debeis hacer para que seais digno servidor del rey de Aragon y conde de Barcelona? Ser generoso como vos, valiente como vos... y amar al Dios de sabiduría y amor que murió por nosotros en una cruz, y cuyos apóstoles propagaron sus doctrinas con la paz, no con el alfange. —¿Quereis saberlo, Alí? La caballería cristiana es la falanje civilizadora que ampara al débil, proteje á la mujer y afianza las naciones!—Aun recuerdo los torneos y las fiestas de mi amada Cataluña, cuando se arrojan los nobles caballeros á la liza, y yo ciño la corona á los vencedores... Oh! qué insensata soy pensando en tan dulces memorias, cuando me amenaza la muerte!

ALI. (*arrodillándose.*) ¡Hablad... hablad!—No es una locura, Catalina... no soy cristiano é ignoro lo que se necesita para serlo; pero el Dios que inspira lo que decís, nos inspirará á nosotros... nos salvará... y hará de modo que yo llegue á ser uno de esos héroes, que logren la dicha de ser coronados por vuestra mano. Morir abrigando tan dulce esperanza, es tener un sueño encantador sobre la tierra, y despertar en el cielo!—¿Es cierto que me admitís como á libertador, como á vuestro caballero? (*movimiento de Catalina.*)—Oh! dignaos darme este título, y hablemos... hablemos del porvenir que os espera y adivino!—Aprender de vos... de vuestros hermanos la doctrina de ese Dios cuyo triunfo me auguró mi madre; ser admitido por vuestro padre en nombre de los que protegen las naciones, y acrecer mi valor con vuestras miradas... (*levantándose entusiasmado y amenazador.*)—Oh! Ven á maltratar á la cautiva, oh! rey... yo desafio tu cólera!

CAT. ¡Calmaos... calmaos!

ALI. Calmarme!... Cuando ante mi alma, que arde con la llama del entusiasmo, se desplega un nuevo horizonte!... Cuando se aumenta más y más la creencia de que sabeis apreciar lo que vale mi corazon! (*llevándola hasta la ventana.*) Catalina, miremos esa mar que tantas veces habeis mirado vos con afanosa esperanza... Rogad á vuestro Dios... yo rogaré al mio...—Cielos! una nave... una nave! ¿La veis á lo lejos en el horizonte?

CAT. Oh! Es un sueño... deliro!—Alí! ¿Es cierto que vivo aun... que estoy á vuestro lado? ¿Es verdad que esa nave es cristiana?—No... no! No me engañan mis ojos... vendrán á salvarme! (*estrechando una cruz que saca del pecho.*)—Ó cruz Santa, que jamás te has separado de mi corazon, yo te doy gracias!

ALI. Madre mia! madre mia! El cielo os inspiraba!

CAT. Oh! ¿Es cierto que no nos hemos engañado?

ALI. No, Catalina.—Esa nave es cristiana. Sin duda viene á reclamaros algun mensajero de vuestro padre.—Ay de mí! Solo yo soy el que se engaña al hablaros de mi porvenir!—Pero aunque llegue ese mensajero, mi vida es vuestra; más yo os ruego que me deis esa cruz... esa cruz que os ha traido la dicha. Y siempre... ya que no pueda seguiros á Cataluña, le pediré noticias de vos.

CAT. Generosa amigo de la cautiva, tomadla!

ALI. Gracias.—Tal vez sea, oh! Mahoma, esta cruz mi condenacion; más el infierno con ella bien vale tanto como tu paraiso. (*uno de los mudos se acerca con espanto.*)—Calla, corazon mio... calla dulce alegria de mi alma!—En nombre de vuestra vida, que es la mia, Catalina, permaneced al umbral de esa puerta y saludadle sin desden.—Ya se acerca la nave cristiana!

CAT. ¡Alí, mi Dios os bendiga! (*Se queda en el umbral de la puerta, apoyada en Fathma. Alí recobra la posicion que ocupaba en el primer acto. Sale Retabohihe enojado.*)

ESCENA V.

Dichos, RETABOHIHE, BEN-ABET, HASSAN, *gefes moros.*

RET. Ben-Abet, arma mis galeras! Hassan, haz que guarden mis murallas los soldados mas leales!... Y vosotros, izad el pendon del profeta ante el orgulloso pabellon cristiano que se atreve á tremolarle á la vista de mi corte.—¡Vano y osado orgullo es el de ese rey D. Jaime! Por la tumba de Mahoma, que al recibir á su embajador, sufrirá tanta humillacion, que no tendrá valor para volver á enarbolar su bandera ante el pendon mahometano! ¿Y vos, princesa, habeis reflexionado que de una palabra vuestra pende vuestra esclavitud, y que la venida audáz del mensajero de vuestro padre; os obliga á responderme y á pronunciarla más pronto?

CAT. Príncipe, dentro de tres dias os responderé!

RET. Sea sagrada mi promesa, así vereis cuán insensata y vana es vuestra esperanza.—Haced, Alí, que se retire á su aposento. Te espero en el terrado de palacio. Quiero saludar á la nave cristiana que me han anunciado.—Decidme, ¿no os admira lo que pasa?

ALI. Señor, Dios es grande!

RET. Y yo soy en su nombre el soberano.—Seguidme! —Pensadlo bien, princesa! (*Se van.*)

CAT. (*á Alí deteniéndole.*) Oh! ¿Es cierto... es cierto que me salvareis, Alí?

ALI. Si vuestro Dios es el Dios verdadero, esta cruz nos salvará á los dos.

CUADRO SEGUNDO.

EL EMBAJADOR.

El teatro representa la sala de Audiencia del palacio moro de Mallorca.—A la izquierda, un dosel, y debajo unas otomanas.—Al alzarse el telon, aparecen Retabohihe sentado en los almohadones y Alí á sus piés.

ESCENA PRIMERA.

ALI, RETABOHIHE, *guardias moros.*

RET. Vea pues la cristiana á ese embajador, ya que tú crees este paso indispensable para conservar su vida; pero ya sabes que deseo presencies tú su entrevista. Trata de averiguar por las palabras del mensajero, las

intenciones de su rey, y dame una relacion fiel de los proyectos de ese mensaje.

ALÍ. ¿No quereis verle vos, señor?

RET. Sí; dile que le daré audiencia dentro de una hora, pero advierte, que antes de recibir su mensaje, quiero verte y hablarte. Voy á consultar otra vez á los comerciantes genoveses sobre el poderío de D. Jaime, y segun su respuesta, será mi conducta respecto á su hija.

ALÍ. Señor, perdonad mi osadía; pero pensadlo bien; ¿no sería mejor que arrancárais de una vez de vuestro corazon el amor que os inspira esa cristiana y devolvérsela á su padre?

RET. (*Levantándose*). Alí, será mia... lo juré por el Profeta; será mia ó morirá en las mazmorras de la Almudena. Te aconsejo que no trates de instarme á mudar de determinacion.—Eres mi amígo y mi privado, y te hice el mas potente de los grandes de mi córte.—Me debes la gratitud, y por eso descanso en tí.—Examina á fondo al mensajero, y si de los lábios de la cautiva sale alguna palabra que haga sospechar la traicion de alguno de mis vasallos, acuérdate que despues de mí, tú eres el soberano de Mallorca.—Quédate.—Vosotros, seguidme.

ESCENA II.

ALÍ. (*Sonriéndose con desden*). ¡Oh! ¡Vete en paz, imbécil rey! ¡Supieras en quién depositas tu confianza!—¡Eres mi amigo... mi privado!—¡Su amigo!—¿Y puede serlo el esclavo de su señor?—El corazon que yace bajo el peso de la cadena no siente, no ama.—¡Gratitud!—¡Sí; la que debe el perro al cazador que halla en él su subsistencia, y que lo cuida por egoismo!—¡Me has alzado sobre tus vasallos, Retabohihe; pero ha sido para servirte; luego no te debo nada... y soy libre!—No tardará el embajador, y por él sabré quién es ese rey que es padre de Catalina.—En mi recuerdo, las palabras de la cautiva suenan en torno mio como una música celeste, cuya armonía no comprendo, pero que me hechiza.—Necesito oir una voz terrenal, porque la suya es voz de los cielos.—¡El mensajero!

ESCENA III.

ALÍ, DON NUÑO SANZ, *queda al fondo la comitiva del embajador.*

NUÑ. Jóven, me enviaste á llamar en nombre de tu rey, y cumplo tu deseo... Pero debo decirte, que no vengo para oirte, sino para pedir que digas á tu señor, que los caballeros catalanes no están acostumbrados á esperar audiencia en las antesalas de los palacios de los reyes moros.

ALÍ. (*Que escucha con avidez á Nuño Sanz y que se arrodilla lentamente ante sus pies*). D. Jaime, nombre anunciado por mi madre, conquistador de Mallorca, padre de Catalina, yo te rindo homenaje en la persona de tu embajador.

NUÑ. ¿Qué haces? ¿Qué significan tus palabras?

ALÍ. No os enogeis, caballero; perdonad mi osadía.—Ved ante vos al hijo de una mujer que anunció vuestra venida... y os esperaba.—¿Dudais?—¡Duda como ella!—¡Tan poco valen tus hijos, oh! Mahoma, sobre la tierra! ¿A tan vil estado los redujo tu ley de tiranía que nadie fia en sus palabras?—Cristiano, te lo repito; saludo á tu rey. Quiero empezar mis servicios siendo el libertador de la que vienes á buscar, y que no te entregará mi rey, seas quien seas!—¿Entiendes lo que quiero decirte?

NUÑ. ¿Tendrá tanta osadía...

ALÍ. Sí, la tendrá.—En su ciego orgullo recibirá tu mensaje para insultarte, y serás feliz si á tu presencia no conduce á su serrallo la cautiva.

NUÑ. ¡Ira de Dios!... ¿Qué dices?

ALÍ. Perdona mi franqueza.—Yo vine aquí á arrancarte tus secretos y venderte, pero no soy tan infame.—Predestinado por mi madre como vasallo de tu rey, distinguí en el mar tu nave antes que su blanco lino brillase en el horizonte, y cuando salió de entre las azules ondas, yo fuí el primero que dije á Catalina.—Hermana, mira la nave que te anuncié... la nave cristiana....

NUÑ. Tú no ignoras donde está la princesa... ¿No podrás llevarme hasta sus brazos?—¡Alí! si no me engañas, dame el placer de abrazar á la hija de mi rey... de mi sobrino.

ALÍ. (*Con alegría*). ¡Sobrino tuyo D. Jaime... tú! (*Dirigiéndose al fondo*). ¡Guardias, tráed la cautiva cristiana!

NUÑ. Seas quien seas, yo te doy gracias.

ALÍ. No me agradezcas este favor; el rey me mandó que la trajese á tu presencia.—Cuando la libertad la sonría, cuando tu rey sea el mio, entonces.... me darás las gracias.

ESCENA IV.

Dichos, CATALINA, *guardias, etc.*

CAT. (*Arrojándose en los brazos de Nuño*). ¡Oh! sois vos, señor... mi tio!

NUÑ. ¡Hija mia!—(*Silencio y sollozos*).

CAT. ¡Oh! hablad... hablad! pronto... pronto!—¿Y mi padre? Quiero abrazarle en vuestros brazos.—¿Y mis hermanos, dónde están?—¡Con qué placer los volveré á ver! Quiero abrazaros por ellos... por mi madre.... por todos los que amo... y por vos solo, que habeis venido á libertarme!—¿Dejamos hoy mismo este país fatal... ¿es cierto?—Mis felices dias del pasado me esperan... mi aposento, mi altar, y la imágen de la Vírgen siempre cubierta de frescas flores... Mis amigas.... mis placeres... mis jardines!... ¡Ah! la libertad! ¡qué dulce es la libertad! (*Se inclina gozosa en el seno de su tio, y vuelve á levantarse lentamente pasando su mano ante su frente como para dispertar de un sueño*).—¡Dios mio!—¡Estas murallas... estos soldados... las amenazas del rey moro... Señor... señor, ya lo habia olvidado todo!

NUÑ. ¡Valor, Catalina!—La Vírgen, cuyo altar recuerdas, es poderosa en los cielos, y tu padre empleará todos sus esfuerzos, para volverte á estrechar en sus brazos.—A pesar de lo que este jóven recela, Retabohihe no osará desairar mi mensaje, y mañana surcaremos las ondas buscando la orilla feliz donde tus hermanos te esperan, donde hallarás la dicha y acabarán tus penas.

CAT. No, no!—Os engañais, señor.—Donde estaré mañana, será en el serrallo de ese rey impío... de ese bárbaro agareno... Y allí... la muerte me espera, porque prefiero la muerte á su amor.—Defendedme! Salvadme! No me separarán de vuestros brazos; antes me verán morir en ellos.—Ah! Nadie... nadie puede salvarme?

ALÍ (*con acento quejoso.*) ¡Os olvidais de mí, Princesa!

CAT. Alí!—Perdonadme! Al abrazar á mi tio, lo olvidé todo, esperanza y dolor.—Me habeis prometido que me salvareis... que queriais servir á mi padre; y ya sabeis, Alí, que cuando mi lábio dijo: Quiero morir, repetia mi corazon,—quiero vivir.—Señor, solo Alí puede salvarme... y lo desea!

NUÑ. Jóven, mucho le prometisteis á la cautiva! ¿Quién puede defenderla en este palacio? Ella está sola... abandonada...

ALÍ (*con voz dolorosa.*) Caballero, no sabeis el mal que me hacen vuestras palabras.—Sí; mucho le prometí... á la pobre cautiva! Mas responded, Catalina; ¿qué premio os pedí en cambio de vuestra libertad, más que

vuestro cariño de hermano y el derecho de morir por vos?

CAT. Es cierto, mi buen tio.

ALÍ. Veo por fin que mis promesas van á realizarse; y por esta razon os saludo, viendo en vos al rey á quien anhelo servir.—Os repito, que es inútil vuestra embajada, pues Retabohihe no os dará á la Princesa. Así lo quiere la Providencia, que ha decretado su destruccion.—Volvereis para llamar á las armas á los nobles guerreros de D. Jaime, y los conducireis hasta los piés de estas murallas; y entonces, si necesitais quien os guie en la empresa... aquí os espero... vuestra es mi vida.

CAT. Ah! gracias!

NUÑ. ¿Y quién me asegura de vuestros juramentos? ¿En nombre de quién prometeis servir á D. Jaime?

ALÍ. En nombre de mi madre! Pero no; aun hay para mí un objeto más querido que su memoria... Vedle! por esta cruz de oro!

NUÑ. ¡La cruz de Catalina!

ALÍ. Os juro por ella, que moriré porque Mallorca sea cristiana.—¡Ay de mí! Yo no lo soy aun, pero lo seré muy pronto!

NUÑ. Venid... venid á mis brazos!—Desde hoy, noble jóven, serás hijo mio.

ALÍ. ¡Hijo vuestro!

NUÑ. Acepto tus ofertas en nombre de D. Jaime; si tu rey de ayer me recibe con insultos, sigueme á Barcelona, y conducirás hasta aquí nuestras victoriosas galeras... Pero no... ¿Quién velaria por tí, pobre niña?

CAT. Oh! Dios!—La gloria de mi padre pasará ante mi vida.—Alí... Alí! Seguid á mi tio, ved á mi padre... es jóven... gallardo... y desprecia los peligros por alcanzar la victoria... Estad seguro de que pronto merecereis su cariño.

NUÑ. ¿Mas cómo podrá seguirme?

ALÍ. Os seguiré.—¿Veis el mar? ¿Veis vuestra nave? El me conducirá hasta ella.—Catalina, caballero, separaos!—Dentro de poco rato volvereis aquí, pero entretanto idos... idos por favor.

NUÑ. ¿Qué le direis cuando os pregunte lo que he hablado?

ALÍ. Lo ignoro; porque no sé lo que me hubiérais dicho si os hubiese hablado como esclavo.

NUÑ. ¡Adios, Catalina! Luego nos volveremos á ver.

CAT. Adios! Y él ampare mi pátria y mi rey!

ALÍ. ¡Valor!

CAT. (*volviéndose y sonriendo en medio de su llanto.*) Sí! aun tengo valor!

ESCENA V.

ALÍ (*solo.*) Sí... sí, Catalina; partiré, iré á buscar á tu padre para darle una nueva corona.—Oh! Caballeros cristianos, sueño hermoso de mi porvenir, ambicion de Alí, ¿cuándo me contareis entre tus hijos? Mas ay! ¿seré más feliz que ahora, despues de ver realizado el más grato de mis afanes?—Catalina, eres princesa, hija del más noble de los reyes, poderosa por tu cuna y por tu belleza, y no bajarás hasta mí, olvidando que el amor ha subido al esclavo hasta la hija de reyes!—¿Qué importa mi dicha, si ella es feliz, si logra su anhelada libertad? Despues, si me humilla... si me desprecia... ¿quién me priva al menos de esclamar en medio de mi solitario delirio, á mí me debe toda su dicha?—¿Quién sabe si no aceptará de mis manos la salvacion, buscando más digno libertador? Ay! tal vez un dia pobre y desnudo, recostado bajo las puertas de su palacio, la vea asomada á la ventana de su estancia, y sin enviarme una sonrisa de compasion, deje que la devoren mis miradas.—Huid... huid, funestos pensamientos! Oh! el amor está lleno de celos y de dudas... y amamos hasta sus celos... Alguien se acerca.—Retabohihe!—¡Firmeza y resolucion!

ESCENA VI.

ALÍ, RETABOHIHE.

RET. Díme, Alí, ¿has visto á ese Embajador? ¿Has presenciado su entrevista con la cristiana?

ALÍ. Si, señor; y le he dicho de vuestra parte que pronto le ibais á dar audiencia y respuesta á su mensaje.

RET. ¿Qué has juzgado de ese Nuño Sanz?

ALÍ. Creo, señor, que ese cristiano es valiente entre los valientes, y entendido como bizarro. Me ha esplicado el objeto de su embajada, que es más séria de lo que creeis, sin ira y con firmeza.—Oile hablar de ese rey tan jóven como hermoso, tan valiente como caballero, generoso y atrevido cual nuestros leones de Africa, al lanzarse sobre su víctima; y de esos héroes cristianos que pueblan los castillos de Aragon y Cataluña, siempre dispuestos á defender la justicia y el amor.

RET. Detente, Alí; te engañas.—(Conozco tu traicion, y antes de mañana... morirás.)

ALÍ. (El tigre murmura... me han vendido!)

RET. (Disimulemos) (*En voz alta.*) Eres un insensato, Alí. Todo lo que te ha hablado de ese rey, de esos caballeros y esos héroes, ficciones son nada más. Creí que no se te engañaba tan fácilmente.—En prueba de su poder, yo sé que han sido detenidos esos bizarros héroes ante los muros de Peñíscola, como niños ante un arroyo. Hoy vas á ver desvanecerse la altanería de ese embajador, ante mi presencia, como las tinieblas de la noche ante los rayos del sol.

ALÍ. Pero, decid, señor, ¿le devolvereis la cristiana?

RET. Mírame bien, cara á cara, Alí.

ALÍ. ¡Señor!

RET. ¿Y pudiste dudar?—Luego oirás mi respuesta. (*Dirigiéndose hasta el fondo.*) Ben-Abet, haz venir al cristiano que pide audiencia, y que traigan los mudos á la cautiva.—Entrad todos!—(*En voz baja á Hassan que entra el primero.*) Hassan, hoy mismo gozarás la privanza de Alí; mas con una condicion.

HAS. (¿Cuál, señor?)

RET. (¿Cuál? Que debe haber muerto.)

ALÍ. (*observándolos.*) (Todo lo sabe.)

ESCENA VII.

Los dichos.—Toda la córte.—RETABOHIHE *se coloca á la derecha sobre los almohadones, donde apareció en el principio del cuadro.—Agrúpanse en torno suyo* BEN-ABET, HASSAN *y todos los jefes moros.—A la izquierda,* D. NUÑO SANZ *seguido de hombres armados.—En medio de los dos grupos,* CATALINA *apoyada en* FATHMA *y custodiada por los mudos.—*ALÍ *á su izquierda.*

RET. (*con desprecio.*) Ben-Abet, pregunta á ese extranjero su nombre y el objeto de su viaje.—Hubiera querido recibirle como mensajero del Soberano á quien debe representar, más como ignoro si existe, deseo que esplique su venida y su mensaje.

BEN. Estranjero, mi rey te pregunta...

NUÑ. Calla, esclavo! Cuando un caballero de Aragon como D. Nuño Sanz se dirige á un hombre como tu rey, está acostumbrado lo mismo á preguntar que á responder.—A tí, Retabohihe, yo Nuño Sanz, te digo, que vengo á tu córte representando la muy noble persona de D. Jaime I, rey de Aragon y Conde de Barcelona. Mándote que me oigas, oh! rey! bajo el respeto de mensajero!

RET. ¡Qué osadía!

NUÑ. La tengo, porque ese es mi derecho.—Nunca será permitido á un rey moro humillar la frente del Embaja-

dor del soberano de Aragon. Los hombres de mi cuna creen valer más que tú, y convencerte que de ningun modo puedo ser inferior á tí.

RET. Pobre cristiano, tu osadía me prueba tu ignorancia. —Pero no quiero interrumpirte... ¿Quién es ese rey de quien te llamas embajador, y de quién es hija esa esclava?

NUÑ. El rey D. Jaime, cuya existencia finges ignorar, es hijo de D. Pedro... el rey que en la gloriosa batalla de Muradal hizo morder el polvo á tantos moros, que solo Dios pudo contarlos.

RET. Dí pues á tu rey, que no vuelva á tremolar su bandera ante las costas de Mallorca, donde si se atreve á insultarme, hallarán venganza los mártires de Muradal.— ¿Qué tienes más que decir?

NUÑ. Que me vuelvas á su hija la muy ilustre princesa Catalina de Aragon, cobardemente robada á su paternal cariño, por uno de los capitanes de tus galeras; que no tengas la osadía de pasear tu pabellon con insolencia por los mares que cruzan sus naves. Si desprecias su mensaje, él mismo vendrá á buscar su hija, te arrebatará la corona que te hace tan altanero, y te probará su existencia dando fin á la tuya!

CAT. ¡Bien, señor!—Antes es el honor de mi pátria que mi salvacion y mi vida.

ALÍ. (Oh! cuán grande y noble es ser cristiano!)

RET. Bastante piedad he tenido de tí, para dejarte concluir.—Escucha.—Responde al que te envia, que no dudo de su poder, pero que lo desprecio; respóndele que mi pabellon surcará los mares siempre sin temor del suyo, y que para darte una prueba del desprecio que me inspiran sus amenazas, ante tu presencia voy á hundir á su hija en los subterráneos de Almudena.

ALÍ. Por fin!

CAT. Cielos!

NUÑ. Infame!

RET. Alí, que alejen á esa mujer... ¿Dudas?

ALÍ. (Oh! madre mia!)

RET. (*muy enojado*) ¿Qué esperas?

ALÍ. (*lanzándose hácia una ventana y volviéndose al rey moro.*) Rey, á quien abandono, busca para mí tus verdugos.—Esa cristiana á quien atormentas, es mi amada, y voy á pedir á la profecía de mi madre los medios de salvarla. (*Se arroja al mar.*)

CAT. Ah! (*D. Nuño corre hácia ella, y es detenido por los mudos.*)

RET. Traicion!—Ben-Abet, alcanza á ese malvado. Hassan, conduce esa mujer á la Almudena... tu cabeza me responde de la cautiva.

NUÑ. Valor y esperanza, Catalina!—Rey de Mallorca, espéranos; dentro de diez dias nos tendrás aquí.

CAT. Padre mio! Padre mio!

RET. (*á sus guardias y mudos.*) Obedeced! Llevadla!

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

LOS DOS JAIMES.

La escena representa el gabinete particular del palacio del rey D. Jaime en Barcelona.—A la izquierda una mesa con pergaminos.—Cerca de esta mesa un sillon.—Ventanas.—Muebles caballerescos.—Al fondo se descubre un gran salon que ocultan algunas cortinas.—Al alzarse el telon, se ven detrás de ellas, que no llegan hasta el suelo, dos centinelas.

ESCENA PRIMERA.

D. JAIME, *sentado en el sillon, el* INFANTE *mirando en el fondo la espada de su padre puesta sobre un taburete.*

D. JAI. (*Con intérvalos de cólera y de dolor.*) Todos están dispuestos.—Tengo ya el auxilio de mis vasallos y la bendicion de Dios. Vendrá tambien el obispo de Barcelona, y por do quier, llenos de bélico entusiasmo, mis nobles arman galeras y depositan en mis arcas sus tesoros.—No... no se dirá con mengua mia, que un rey agareno, tal vez descendiente del que mi glorioso padre venció en Muradal, detenga mi brazo levantado para castigar su orgullo.—Nuño Sanz volvió del enemigo, pues he visto entrar su nave en el puerto esta mañana, y pronto estará aquí... Mas, ¡ay de mí! Todo me lo ha dicho el pabellon negro pendiente en la punta de sus mástiles... ¡No puedo abrazar á mi hija?—¡Vive Dios! Soy jóven, audáz, y señor de una armada victoriosa, y estoy así... en vergonzosa inaccion... ¡Es una mengua!—Sí, hoy mismo se decidirá todo; y sea traidor á mi Dios si luego no se baña mi espada en la sangre de los raptores de mi hija.—Mas ella... ella detiene mi ardimiento.—El bárbaro, envalentonado con su presa, puede inmolarla ante su furor despues de la victoria.— ¡Pobre hija mia! Solo hallaría en mi desesperacion, en Mallorca la tumba donde seria hundida la gloria de mi conquista.—Mas, ¿qué importa? La Vírgen, su abogada, es poderosa en los cielos, y protegerá mis armas; ella encadenará el brazo de ese moro vil, si se atreve á herir al ángel que sembró un dia su altar de incienso y olorosas flores.—Además, te conozco; si hubieras de escoger entre mi deshonra y tu muerte, no titubearías en sufrir el martirio, leal y querida Catalina.

INF. (*Arrojándose á él.*) ¡Catalina!—Padre mio, hablabais de mi hermana, y la tristeza os hace palidecer.— ¿Sabeis ya que no vuelve con Nuño?—¡Ah! ya lo sé desde esta noche...

D. JAI. ¡Desde esta noche!... ¡Imposible!

INF. Oidme, señor... Esta noche, cuando las sombras inundaban el espacio, un hermoso sueño ha venido á halagar mi fantasía. Oidlo, y huirá el pesar de vuestra angustiada frente.—Largo rato lucharon ayer noche mis párpados con el insomnio.—Salí ocultamente de la estancia, y me dirigí á la cima de la torre mas alta del palacio, ansiando ver aparecer en el horizonte la nave de nuestro tio, pero en vano. Volví á bajar triste... triste como vos ahora.—Apenas el sueño dobló mis párpados, cuando me ví rodeado de un inmenso mar de resplandor, y oi una voz de trueno que me dijo que mirase en torno mio.—Obedecí.—Un ángel de blancas alas y rostro de sonrisa, apareció entre la luz; se acercó hácia mí, y ví en sus manos una corona de oro, donde estaba escrita esta palabra:—¡Mallorca!—¿Qué quieres, ángel hermoso? le dije.—Vengo á hablarte de tu hermana.—¡De mi hermana! ¿Está ya libre? ¿La conduce D. Nuño?—No: Nuño no la trae aun: pero mira...— Y tras aquella inmensa y refulgente luz, ví una numerosa armada que se acercaba á unas orillas lejanas.— Salió de ellas un hombre, y cual vision fantástica y fugaz trocóse todo en un campo de batalla, donde nos hallábamos los dos, y abrazamos á Catalina salvada.— Tú habias conquistado aquellas regiones, y todos te llamaban su rey, mientras por un misterio que no puedo alcanzar, era yo quien ceñia la corona de oro... la corona de la dulce vision... la corona del ángel.

D. JAI. (Me llena de asombro tan estraño sueño.—Siempre pensé en ceñir la corona de Mallorca en sus sienes, despues de mi conquista.)

INF. ¿En qué pensais?

D. JAI. Prosigue.

INF. Ya no ví nada mas: disperté del sueño que creí lanzado por el cielo sobre mi frente, y despues, padre mio, no he dejado de mirar vuestra vencedora espada, esperando que me acariciariais sobre vuestras rodillas como siempre para abrazaros y deciros:—Padre querido, soy muy jóven aun... un niño; pero quiero seguirte

á esa conquista, porque deseo salvar á mi hermana.

D. Jai. Bien, Jaime; eres un hijo digno de mí, y veo que la noble sangre de la casa de Aragon no circula en vano por tus venas —Mas, hijo mio, ¿no ves que ni fuerza tienes para levantar esa espada?

Inf. Padre, ya sabeis que vuestra espada solo la puede manejar tu brazo. ¡Cuántos hombres hay que no pueden levantarla mas que yo!

D. Jai. ¡Es un héroe!—¿Es cierto, Dios mio, que al darme vuestra bendicion con mis hijos, no lo hicisteis para quitármelos despues?—Tienes razon, vamos á salvar á tu hermana. Iremos los dos á arrebatársela á ese infiel. Escoje entre los caballeros de mi córte al que mas ames, que esté pronto á servirte de escudo en los peligros, y de consejero en tus deliberaciones... escoje un padrino para tu gloria...

Inf. Padre, os escojo á vos.

D. Jai. No, hijo mio.—Séalo uno de mis caballeros y harás su felicidad.—Los reyes necesitan tambien amigos, y el buen guerrero ha de ser buen político.

Inf. Sereis obedecido; y vereis bien pronto cómo no será tu espada pesada al defender la cruz; al vencer á los moros, y dar la libertad á Catalina.

Un ujier. Señor, D. Nuño Sanz, que vuelve de Mallorca, pide llegar hasta vos.

D. Jai. (*Vivamente.*) ¡Que entre... que entre sin dilacion!

Inf. (*Dirigiéndose al fondo.*) Ha visto á mi hermana.—Perdonadme, padre, si voy á abrazarle el primero.

D. Jai. (*Solo.*) ¡Mi hija es un ángel, y mis hijos valientes desde niños!—¡Aragon! ¡Cataluña, pátria mia querida... si algun dia te hundes en la nada, hundiéndose contigo tus glorias, abrigas en tu seno una raza de héroes que pronto acudirán á tu llamada para asombrar al mundo.—¡Mucho tarda Nuño!—Mi hijo le habrá detenido.—¡Ah! ya está aqui.

ESCENA II.

D. Jaime, Nuño Sanz.

Nuñ. (*Deteniéndose al fondo.*) Jaime, vengo sin tu hija... ten valor...

D. Jai. Ya me lo ha dicho la bandera negra, y ves como están mis ojos sin lágrimas, aunque la cólera abrasa mi corazon.—Pero abrázame, Nuño; y te doy ya las gracias por lo que vas á decirme.

Nuñ. (*Con emocion.*) ¡Quiero abrazarte por ella!... ¡Pobre Catalina!

D. Jai. ¡Oh! No seamos débiles, ni nos dejemos vencer por el dolor. Ya ves como no ahogan los sollozos mi corazon. ¡Fuera lágrimas... y busquemos la venganza! ¿Qué ha dicho el rey moro?

Nuñ. Despreció mi mensaje hasta dudar de la existencia de un rey de tu nombre; me negó toda satisfaccion, y hundió á tu hija en los calabozos de uno de sus castillos.

D. Jai. ¡Venga mi espada! ¡Mi espada!—¡Negar mi existencia un rey agareno!... ¡Un infiel escupir con desprecio sobre mi corona!—¡A las armas... á las armas, Aragon y Cataluña!—Injuriar á vuestro rey es injuriar vuestra gloria! Nuño, reune á mis leales infanzones, y que esperen dentro de una hora en este salon...—Mañana partiremos á Mallorca!—No tardes... corre pues: se trata de la vida de mi hija, de la gloria del nombre cristiano... del honor de la pátria.

Nuñ. Pláceme tu justo y santo enojo; mas antes de cumplir tus órdenes, falta decirte una cosa importante, que puede influir mucho sobre la suerte de nuestra amada Catalina.

D. Jai. Habla pues.

Nuñ. Habia confiado el rey moro la custodia de su cautiva al mas valiente, al mas jóven... al mas bizarro de sus cortesanos.—La madre de este jóven le habia pronosticado en otro tiempo, que se haria cristiano, y que llevaria á Mallorca el vencedor pendon de la cruz. Unida esta profecia á la belleza de su prisionera, ha bastado para trasformar su corazon, y gracias á él, Catalina ha sido menos desgraciada en su cautiverio.

D. Jai Si llegamos á vencer, no serán bastantes mis riquezas ni mis estados, para premiar tanta lealtad... Pero su nombre, díme su nombre.

Nuñ. Aun no he acabado de decírtelo todo.—Se llama Alí.—Encargado por su rey de arrastrar hasta los calabozos de Almudena á tu hija, á quien ama, ha desafiado su cólera... le ha insultado con noble audacia... Despues, arrojándose al mar, y cuando todos le creiamos sumergido y muerto en sus ondas, ha llegado nadando hasta mi galera... y espera en esa cámara que le permitas venir á ofrecerte su espada y su corazon, que he aceptado en tu nombre.

D. Jai. Haz que entre al momento.

Nuñ. Voy á obedecerte.—Alí es querido de los suyos, entendido, valiente, generoso... él solo vale la mitad de tu conquista.—Te lo digo, para que veas lo que de él se puede esperar.

D. Jai. No tardes; tráele á mi presencia.

ESCENA III.

D. Jaime, *despues* Alí.

D. Jai. (*Volviéndose á sentar.*) Lleno de asombro me ha dejado la estraña relacion de Nuño.—Maravillosos preságios preceden á esta conquista, que hace tanto tiempo es la ilusion de mis ensueños de gloria.—La profecia de esa madre que guia á su hijo hasta mi... el amor insensato de ese jóven moro por una cristiana; todo ¡oh Dios mio! son misterios que solo tú comprendes, porque eres su autor.—Sí, Dios de piedad; yo debo defender tu santo nombre contra la chusma infiel, y cumpliré bien pronto tan sagrada mision.—Hé aquí el moro.

Alí. (*Entra y se detiene un momento como abismado en un profundo éxtasis.*) Llegué por fin.—Imágen de Catalina, dále ánimo á mi corazon.—Misteriosa turbacion anonada mi ser... mis ojos no ven... apenas llegan á mis oidos como vagos rumores las palabras de los que me hablan.—¿Dónde estoy?—¿Quién es este hombre?—¡Ah! lo recuerdo... sí... es el rey... El rey D. Jaime. (*Se arroja á sus plantas.*)

D. Jai. Sí, el rey D. Jaime, que te acoge bajo su proteccion, y que te dá las gracias... Sí, soy el rey, que sabe todo lo que has hecho por su hija, y que te reconoce como uno de sus nobles servidores; como la mejor defensa de su gloria.—No temas ante mí; recuerda lo que acabo de prometerte.

Alí. (*De rodillas siempre.*) ¡El rey D. Jaime!—Asi le soñé yo... jóven, bizarro, y amante de los combates, que arrostra seguro de la victoria.—Ya le vi, ¡oh! madre mia! Es el conquistador cuya llegada á mi pátria presagiabas cuando acariciabas mi blonda cabellera, hablándome de mi porvenir.—Noble rey, el moro Alí se inclina ante el padre de la cautiva cristiana.—Acepto vuestras promesas, y mi turbacion no me impide juraros, que os seré fiel hasta derramar la última gota de mi sangre.

D. Jai. Dáme una prueba de tu juramento conduciendo mis galeras hasta las costas de Mallorca, y si es posible, indicándome un sitio cómodo para el desembarco de mis tropas.—¿Me llevarás hasta el horrible castillo donde llora mi hija?

Alí. Sí, mi rey!—De rodillas os suplico que me acepteis por guia de vuestra armada...—¡Ah! ¡señor! La pobre cautiva espera... espera, sí... y os llama todos los dias... Solo confia en vuestra espada.

D. Jai. Pero si marcho contra Retabohihe seguido de mis caballeros, ávidos de volar en su defensa, ¿hundirá á mi pobre hija en la mas oscura de sus mazmorras? Conozco su desesperacion, cuando ignorando mi llegada, llame angustiosa la muerte. ¿Quién podrá llegar hasta ella para decirle que está cercana su salvacion?

Alí. No temais, señor; conozco los subterráneos de la Almudena, hasta sus mas recónditos calabozos, y lo mismo que llegué á nado hasta la galera de D. Nuño, sabré bajar hasta la bóbeda que oculta á la cautiva, para anunciarle la llegada de sus libertadores.—¿Están ya dispuestos vuestros guerreros?

D. Jai. Solo esperan que les dé el grito de guerra. Presto los vas á ver.—Solo esperaba oir lo que me han asegurado tus palabras, para dar rienda á su noble y belicoso ardimiento.—Retírate tras esa cortina, y escucha... Pronto conocerás á mis bravos catalanes. (*Descorre una cortina que oculta á la derecha una puerta secreta.*)

Alí. (*Ocultándose.*) Cúmplase vuestra voluntad.

ESCENA IV.

Alí, *oculto*; D. Jaime, el Infante, Nuño Sanz, el Obispo de Barcelona, el Arzobispo de Tarragona, Guillen de Moncada, *vizconde de Bearne*; Hugo, *conde de Ampurias*; Muntaner, Zafortesa, Pedro Grony, *síndico de Barcelona. Comerciantes, guardias, músicas militares, banderas; descórrense las cortinas y se descubre un inmenso salon lleno de caballeros, comerciantes, soldados. Los mas notables de ellos rodean a D. Jaime.*

D. Jai. (*Se dirige al fondo.*) Abran ésas cortinas. Tengo necesidad de verme rodeado por mis fieles vasallos. (*Se descorren las cortinas.*) Venid, venid, caballeros.—La casa de Aragon con vuestro apoyo siempre será poderosa, y me vais á dar una prueba de que no confio en vosotros vanamente.—Entrad, entrad santos prelados, esforzados caballeros, orgullo de la iglesia, gloria del trono que Dios encomendó á mi defensa. (*Volviendo á su sitio.*) Tú, Jaime, aquí. (*El infante se sienta cerca de su padre.*) Nuño Sanz, ven á mi lado. ¿Señores, sois felices? ¿Estais contentos?

Todos. ¡Viva el rey?

D. Jai. ¡Viva Aragon!... ¡Viva Barcelona!—Por su gloria me hizo su rey el cielo, y á vosotros generosos y valientes. (*Arrodillándose ante el obispo.*) ¿Quereis darme vuestra bendicion?

Obispo. ¡Rey D. Jaime, en nombre de Jesucristo, que murió por nosotros, os bendigo!

D. Jai. (*Levantándose.*) ¿No es cierto, señores, que todos los bienes nos llegan por la mano de Dios?—Sin su auxilio son vanas las palabras, inútiles los esfuerzos.—Humillémonos ante el Salvador y su purísima Madre, luz de la verdad, antes de deciros lo que espero de vosotros; despues, al hablar de nuestras esperanzas, mis palabras serán por su gloria, por la felicidad de mi reino, por la alegría de nuestro corazon.—Lo que voy á proponeros, y que muchos sabeis ya, es una empresa grande y noble; necesito vuestros consejos. Oidme atentamente, y responded con la nobleza que os adorna.—Ya sabeis que mi nacimiento fué un especial favor del cielo, que condujo á mi padre hasta los brazos de su noble esposa, y contínuos preságios nos prueban que Dios no nos abandonará en nuestras tribulaciones. Soy vuestro rey y señor natural; subí á mi trono á los diez y seis años, y hubiera sido el mas feliz de los soberanos, si la discordia no hubiese sido entonces el génio maléfico de mis estados.—Empáñose nuestra fama por toda Europa con vuestras disensiones civiles; y para volverle el resplandor mas puro y brillante á mi corona, os proponemos una obra agradable á Dios y á los hombres, y que dará á vuestro nombre la pureza de los cielos, y el brillo del rayo del sol! Descorramos el espeso y mas sombrio velo que nos rodea! Llegó el dia de la gloria para mi reino.—Dios permitió que nuestra querida hija sea presa del infiel agareno, para indicarnos que debemos hacer brillar nuestras espadas sobre sus maldecidos turbantes, y no contra nuestros hermanos.—Queremos ir á Mallorca, donde hallareis riquezas, salvacion para vuestro comercio, libertad para nuestra hija, y campo de honor donde enarbolar el pendon de la cruz para la mayor gloria de Dios. Jurad en su santo nombre, y por el amor y respeto que nos debeis, que me dareis vuestros consejos, y me prestareis los auxilios necesarios para el cumplimiento de mis deseos, y que me seguireis á pelear contra los infieles enemigos de Dios y de mi reino.

Todos. ¡Viva D. Jaime!—¡Viva el rey!—¡A las armas!—¡A las armas!

Arzobispo. Estoy cierto, ¡oh rey! que Dios os inspira.—Yo os ofrezco mis oraciones, mil marcos de oro, quinientas cargas de trigo, y cien caballeros armados, que en persona conduciré á la batalla.

Obispo. Yo os seguiré tambien.—Barcelona, ciudad de feliz porvenir, no será la última en esta empresa de inmortalidad.

Gui. Rey, mi espada es vuestra como mi vida.

Mont. Tambien es vuestra la mia, que está bien templada con la sangre de los enemigos; y os juro yo, Montaner, ser el primero en plantarlar sobre el suelo mallorquin, y hacer salir de ella poderosos bástagos, que formarán la fuerza de tu conquista.

Zaf. Yo os lo juro, y lo juramos todos.—¿No es cierto, caballeros?

Todos. ¡Sí! ¡sí!

Pedro. (*Dirigiéndose hácia una ventana.*) Tended, don Jaime, vuestras miradas hácia esa noble ciudad de Barcelona, cuyo comercio representa mi persona.—No hay una sola casa que no abrigue en su centro nobles y esforzados catalanes, cuya lealtad asegure con sus vidas vuestra corona.—Bien lo dijo nuestro santo prelado, Barcelona es una ciudad de glorioso porvenir. (*Señalando á los comerciantes.*) Nosotros, aunque no empuñamos espada, os ofrecemos nuestras riquezas, nuestras galeras y nuestros brazos, sí son necesarios. ¿No es cierto, señores.

Los comerciantes. ¡Sí! ¡sí!

D. Jai. Vuestra será la gloria, catalanes y aragoneses.—Acepto vuestras ofertas.—Santos é ilustres prelados, hago el voto de edificar una catedral sobre la mas hermosa mezquita de Mallorca, y dedicarla á la Vírgen, protectora de mi hija. Nobles caballeros, su mano será el premio del guerrero mas valiente que la rescate!—Comerciantes, yo prometo recompensar á los que me sigan, y ennoblecer á los valientes, ciñéndoles espada, pues cuando la patria peligra, nunca está desairada en las manos del comercio.—Aprestaos luego... ¡Pasados ocho dias, á Mallorca!

Todos. ¡Viva el rey! ¡viva Barcelona!

ESCENA V.

D. Jaime, Alí.

D. Jai. (*Se dirige hácia la cortina y la descorre.—Alí aparece con las facciones descompuestas.*) ¿Lo has oido todo, Alí?—¿Crees que el pendon cristiano es digno de tremolar sobre los muros de la córte de las Baleares?

Alí. Desde que hablé á Nuño Sanz, jamás lo he dudado.—Dios os crió á los españoles para morar bajo el cielo que nos abriga, como á nosotros los moros para el desierto: vuestra poesía es bella como vuestro sol; vues-

tra caballería es brillante como los astros, y vuestra prez tan grande como la de Dios!—¡Es una nacion noble entre todas las naciones la que pone por premio de la mas gloriosa accion, la belleza de una mujer!

D. Jai. Te doy las gracias en mi nombre y en el de mi reino, Alí. Pero veo que se han trocado tus palabras desde que te ví, y hallo en tu acento cólera y dolor.

Alí. ¡Dolor!—¡Cólera!—No deseis saber el motivo...—Mas respondedme, si os place, á esta pregunta. ¿Si dependiera de vos el dar á un estranjero los derechos de caballero aragonés y catalan, le dariais ese título si reuniera las cualidades necesarias para merecerlo?

D. Jai. ¡Alí!

Alí. ¡Callais!... ¡Oh! maldito... maldito sea el destino de mi nacimiento!... ¡Verme condenado entre el ódio y la desesperacion! Espantoso destino!

D. Jai. No, te equivocas, Alí; tú no estás condenado á tan terribles angustias, y me ofendes al creerlo.—Cuando Dios pone en la frente de un hombre la estrella que se llama mérito, insensatos los que niegan que trás ella tiene cabida la aureola brillante de la nobleza. La union del genio que es, y de la admiracion al genio que fué, es la mejor garantía de la inmortalidad para el mundo.

Alí. ¿Prometeisme, ¡oh! gran rey, abrir para mí esa noble senda, en la que acabais de lanzar á vuestros caballeros? ¿Reconoceis en mi frente la estrella del mérito que conduce á ceñir la aureola de la nobleza? Me prometeis...¡Ah! ¡Os pido demasiado.

D. Jai. Te juro, Alí, por mi corona de Aragon, que si realizas las esperanzas que veo presagiadas en tu frente, no te dará tu alcurnia ni ódio ni desesperacion, sino gloria, nobleza y ventura.—El cielo dió el poder á los reyes para que lo trocasen en justicia.

Alí. No os pido mas.—Maldito sea si no veis realizadas en mí vuestras esperanzas.

D. Jai. Quédate; te necesito esta tarde; no eres mi prisionero; tu casa es mi palacio. Soy hermano de cuantos quieren lidiar á mi lado.

Alí. (*Solo á la izquierda.*) Héme al fin en el colmo de mis afanes. Salgo de las tinieblas, y me elevo hasta tí, Catalina, desde mi nada.—Tú sabes bien las lágrimas y los sufrimientos que me cuesta tu amor... ¡Mis ojos están cansados de llorar... mi alma de sufrir! Mas ¡ay! tanto tiempo te contemplaron mis ojos, que hollé tal vez la pureza de tu alma. Cada una de mis miradas, era un pedazo de mi ser que volaba á unirse al tuyo! Bendito sera el pensamiento divino que hizo de la mujer un faro de virtud, para su mundo de iniquidad! Sí, creo que si fuera malvado su corazon, lo sería tambien el mio. — ¡Blasfemo! ¡Oh! sí... mi pobre y angustiada frente delira.—Pensemos en el porvenir.

ESCENA VI.

Alí, *meditabundo*; El Infante.

Inf. (*Despues de haber mirado con precaucion por todos lados.*) Estranjero, tú que tan profundamente meditas, ¿no es tu nombre Alí? ¿No acabas de llegar de Mallorca con Nuño Sanz?

Alí. Si, el mismo soy.

Inf. Oyeme. Me ves cual un niño, pero no lo soy. Esta noche me he ganado una corona.

Alí. ¿Cuál es pues tu nombre?

Inf. Mi nombre es Jaime, el mas jóven de los infantes de Aragon... el hermano de Catalina.

Alí. ¡Su hermano!—Dios de los cristianos, tu eres grande y bueno, y adivinas mis deseos!—Hermano de Catalina, mírame, ven, acércate... te lo suplico.—Que vea en tu rostro su imájen.—¡Ah! ¡si, ese es el encanto de su mirada; su ancha frente, su lábio noble y gracioso! ¡Tu mano... dame tu mano! Quiero que el calor de tu sangre me haga concebir el fuego que pido á su amor.—Mas yo deliro... (*con respeto.*) ¿Qué esperais de mi, hijo del rey de Aragon?

Inf. Primero ver á mi hermana... ¡Despues alcanzar la corona de Mallorca!

Alí. ¿Quién os inspiró el pedirme lo que decis?

Inf. ¡El cielo!

Alí. ¡El cielo!—¿No vino del cielo la profecía de mi madre, que hoy veo realizada? ¿Tu deseas una corona, hermano de Catalina, mas para qué la quieres?

Inf. Para hacer la gloria de un pueblo... para hacer su dicha.—Haz feliz á Mallorca, me ha dicho Dios esta noche, y quiero obedecerle.

Alí. ¿Me permitireis que sea vuestro guia... vuestro defensor; que os vuelva á vuestra hermana, y os haga entrar el primero en esa ciudad de quien anhelais ser rey un dia?

Inf. Pedidselo á mi padre.—Ya esta mañana le he suplicado que me deje ir con él á la conquista.—Me respondió que escojiera entre los que me rodeaban, un hombre que fuera mi escudo en la pelea, y me enseñára á ser bizarro y valiente como debe serlo un príncipe español; pues bien, te elijo á tí.—Supe tu llegada, lo que has hecho por mi hermana... y te pregunto: ¿quiéres ser el escudo... el que me enseñe el valor como desea mi padre?

Alí. ¡Oh! si... hermano de Catalina.—Vuestro pecho no tendrá mejor escudo que el mio, y el valor de vuestra alma ardiente, otro guia que el mio.

Inf. ¿Harás que sea yo quien vea primero á mi hermana?

Alí. Os conduciré hasta sus brazos.

Inf. Alí, dame tu mano.—¡Si no fuese tan niño...!

Alí. ¡No... no! Sois un hombre... ¡todo un hombre!

Inf. Voy á ver á mi padre, y se lo contaré todo.

Alí. Os sigo.

Inf. Una palabra todavía.—Quiero que mi madre me borde dos bandas, y la una será para tí.—Tendrán una divisa que dirá *gloria* y *Cataluña*, *Mallorca* y *honor*.

Alí. Gracias.—Pero vamos... Sepa por fin si puedo creer en la dicha de libertar á Catalina y volverle al hermano de que tanto me hablaba. (*salen por el fondo.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

ACTO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

El Subterráneo.

El teatro representa el subterráneo del castillo de la Almudena.—Al fondo una puerta.—A la izquierda otra secreta, cubierta con un lienzo de pared.—A la derecha, esa especie de concavidad en que se reunen todas las aguas que se desprenden de la bóveda.—Un trozo de piedra, sin labrar, sirve de banco á la cautiva.—En un rincon, y sobre otra piedra, se vé un pedazo de pan negro, y un jarro de agua.

ESCENA PRIMERA.

Retabohhe, Bet-Abet, Hassan, Catalina *con los cabellos en desórden y cubierta con un largo vestido de lana, etc.*

Cat. Dejadme! dejadme!—La muerte antes que veros, ¡Oh! espero á mi padre... no tardará en venir!

Ret. No le esperes... no vendrá.—Pídeme, si lo deseas ver el mar, y no hallarás ninguna nave cristiana en el horizonte. Pasó ya para tí el momento de la salvacion. Ni viene tu padre, ni Alí está ya aquí.

Cat. Ah! idos, idos!—Dios mio, estoy perdida! (*Se desmaya.*)

Ret. Se ha desmayado!—Nada sabe, Ben-Abet; ignora

que su padre está cerca de nuestros muros, y que Alí guia su ejército.—Vigilancia!—He descubierto secretas galerías en los alrededores de este edificio, y Alí conoce todos los corredores de la Almudena. Pudiera tal vez... Oh! seria una locura, pero es necesaria la mas severa vigilancia.—Quieres luchar, oh! Dios de los cristianos, con el Profeta... y hallarás tu deshonra trás su victoria! —¡Seguidme!—Quiero mirarla por última vez.—¡Qué hermosa e !—Apartemos de ella nuestras miradas, porque al fin nos venceria la compasion.—Corazon mio... qué necio... qué insensato eres!—Pero... Marchemos!

ESCENA II.

CATALINA, *volviendo del desmayo.*

CAT. ¡Silencio!... solo silencio aun, y el frio de la tumba!... Solo la muerte y la desesperacion!—Al menos estoy sola... se fué el mónstruo, dejándome en el dolor. —Si quieres ver el mar, me dijo, sal á tender tus miradas por el estenso horizonte, donde no hallarás una sola nave cristiana; pasó para tí el dia de la libertad; tu padre no vendrá, y Alí no está aquí.—Alí!—Oh! Dios mio, si quereis la justicia y la bondad, haced que el martirio le sirva de bautismo, y pueda verle un dia en el cielo!—Mas ¿qué es lo que digo?—Ah! Ahora que voy á morir, no creo que soy culpable al decir que si hubiese vivido, me lo hubiera hecho amar su bravura y su generosidad.—Tengo frio...—¡Dios mio, cuánto sufro!—Y en tanto, ni tengo esperanzas de abrigo ni de salvacion.—Salvarme! Vivir!—¿Por qué este estraño y terrible sentimiento que nos hace amar la vida? Cada vez que pienso en que voy á morir, siento que desaparece mi cuerpo, y confieso que para prolongar por una hora mas tan espantosa existencia, consentiria en sufrir aun mas... ¿Qué haré para que el tiempo pase y lo olvide todo?—Pensar... ¿Pensar... y en quién?—Vírgen, apenas pisando el primer umbral de la vida, muero sin conocer sus secretos.—El amor!... Si mi padre hubiera vencido á Retabohihe, y Alí le hubiese ayudado á alcanzar la victoria, se hubiera hecho cristiano, y yo hubiera sido el premio de su valor... ¡Qué felices hubiésemos sido entonces, viviendo en un delicioso palacio, á orillas del mar, adornado él con su gracioso traje oriental, vestida yo de blanco y coronada de flores! Me hubiera abrazado como á una hermana, y yo le hubiese tendido mis brazos como á un hermano; y por la tarde, antes de dormirme en el regazo de mi esposo, hubiese cantado mis oraciones á la Vírgen.—Sí; esto debe ser el amor... el amor cuyas delicias no he probado aun.—Tengo hambre.—El frio hiela mis huesos.—¡Padre mio! ¡Es posible que no vengas á libertar á tu hija, que me abandonen tus caballeros, y que Dios, siendo tan bueno y tú tan poderoso, permitas que me consuma la mas horrible agonía?—Purísima Vírgen María, madre de un Dios crucificado, puerta del cielo y refugio de los corazones bañados de lágrimas; salvadme, no permitais que se marchite mi florida juventud, y volvedme los besos de mi padre!—Consuela la oracion.—Me siento mejor... Casi tengo esperanza... No, no debo esperar!—Ah! si al menos viviese Alí... hubiese vuelto, hubiera hallado medios para llegar hasta aquí, porque me amaba, y tarde ó temprano hubiese oido su voz que me gritaba... Catalina! Catalina! (*Se sienta.*)

ALÍ. (*dentro.*) Catalina!

CAT. (*levantándose con espanto.*) ¡El eco! El eco de la tumba!

ALÍ. (*mas cerca.*) ¡Esperanza, Catalina!

INF. (*mas cerca.*) Hermana, yo estoy aquí. (*Bambolea el lienzo de muralla.*)

CAT. (*delirando.*) Hermano mio!—Jaime!—Alí!—Qué alegría!—Gran Dios, ¿no podrá caer esa muralla?—Ya cede!... Estais ahí!—Oh! no puedo esperar que caiga esa muralla.—Dadme una prueba por esta abertura... una señal que me asegure que sois vosotros.—(*Cae á sus piés la cruz de oro que dió á Alí.*) ¡Mi cruz... mi cruz de oro!—Dios mio, bendito seais!—Oh! Estas piedras... estas piedras!—(*Cae la muralla: aparece el Infante.*) Mi hermano... Ah!... hermano mio!—(*Se arroja en sus brazos: Alí queda inmóvil en la entrada de la puerta secreta.—Cuadro.*)

ESCENA III.

ALÍ, CATALINA, EL INFANTE.—*Poco despues* RETABOHIHE *todos los suyos.*

INF. (*en los brazos de Catalina.*) Sí, querida hermana; sí, yo soy, y la libertad.—Los caballeros de mi padre están bajo los muros de la ciudad... y estás salvada!

CAT. Salvada!—No en vano creia que era imposible morir tan pronto!

INF. Alí es, hermana mia, quien me ha conducido á tu presencia.

CAT. (*dirigiéndose hácia él.*) Alí!...

ALÍ. (*queriéndola detener.*) Ah! No os hubiérais acordado de mí... lo veo, si no me hubiera nombrado vuestro hermano!

CAT. (*cogiéndole la mano.*) Alí, sois injusto... sois cruel!

ALÍ. ¡Catalina!

CAT. (*delirando.*) ¡No pensar en vos cuando os debo el porvenir, cuando no hace mucho soñaba en la dicha que hubiese gozado á vuestro lado! (*volviendo en sí.*) Cielos!... vivís... no hablo á una sombra... Sois vos, Alí!... ¿no habeis oido nada, es verdad?—No, no he dicho nada...

ALÍ. Sí, sí; me hablábais á mí... y lo he oido todo.—Oh! no oculteis en mi pecho vuestra cándida frente.—Alzad la cabeza, princesa. Hoy solo debo salvar á la hija del rey de Aragon... mañana hablaré á Catalina, si se acuerda de haber sido cautiva.

CAT. Oh! nunca lo olvidaré!

ALÍ. Vuestro padre os espera.—¿Teneis valor de seguirme al través de los peligros que ha arrostrado vuestro hermano?

INF. Nosotros te ayudaremos, hermana.

CAT. Os seguiré; os seguiré por todas partes.—Padre querido, al fin os voy á ver.

ALÍ. No os detengais... seguidnos!

CAT. Dejad que diga el último adios á esta tumba que abandono.—Féretro de piedra, eco de mis sollozos y de mis oraciones, te saludo por última vez: ya ves cómo se pueden burlar los rigores de la muerte!

INF. Ven... Síguenos!

CAT. Sí.—(*Apoyándose en el que la conduce.*)—Salvada! Salvada!

RET. (*apareciendo de pronto en el umbral de la puerta secreta.*) ¡Aun no!

ALÍ. Maldicion! (*desenvainando su alfanje.*)

RET. Desarmadle!—Todos á mí! (*Se abre la puerta del fondo y deja ver las tropas moras bien armadas.—El Infante lleva su mano al puño de su daga, Catalina se arroja en sus brazos para detenerle.—Alí es desarmado.—Cuadro de terror, de cólera y de triunfo.*) Sí, esclava; ya que lo sabes, lo digo sin rebozo; tu padre está bajo esas murallas con sus caballeros, pero ellas son fuertes y valientes mis defensores. (*á Alí.*) Traidor, voy á darte la recompensa que merece tu crímen. Amas á la cautiva cristiana?—Pues bien; vas á morir con ella. (*al Infante.*) Infante de Aragon, tu padre no volverá mas á su reino; venia á libertar uno de sus hijos, y verá morir dos.—Que mueran ahorcados! Pronto, traed las cuerdas.

CAT. Soy la causa de tu muerte, hermano mio!

INF. No llores, Catalina.—¿Qué diria nuestro padre, si supiera que sus hijos han temblado delante del bárbaro que tanto le teme?

RET. ¿Qué te atreves á decir?

INF. Digo, que temes á mi padre, y que nos haces morir para vengarte de la derrota que sufrirás mañana!

ALÍ. (*rodeado de soldados.*) Tienes razon, príncipe; ese hombre cobarde, tiene miedo á tu padre!

RET. (*lleno de ira.*) Tengo miedo! Ah! Sois unos insensatos.—Miedo yo!... Miedo! ¿Y tan seguros estais de su victoria? ¿Y creeis que si hoy os dejo vivir, sereis libres mañana?—Pues bien, os quiero dar ese placer.—Retirad esos cordeles.—No morireis violentamente... morireis de hambre.

CAT. Cielos!

RET. Guardias, soltad á ese malvado.—Cautiva, te dejo por fin, no verás mas al mónstruo, pero tampoco la luz del cielo.—Estas dos puertas van á ser cerradas con un espeso muro; y que el rey de Aragon os salve, si puede.—Escucha, Catalina; ya ves como no siempre se puede burlar el rigor de la muerte!

ALÍ. Si, verdugo; pero la justicia del cielo es como la muerte... á nadie respeta!

RET. Adios, princesa, adios, infante... libertador de las damas.., adios!—Por la postrera vez oís una voz humana. Sed felices! (*Se vá con los suyos por el fondo.*)

ESCENA IV.

ALÍ, CATALINA, EL INFANTE.—*Alí mira con los brazos cruzados á Retabohihe que sale de la escena.—Catalina siempre arrodillada, llora apoyándose en el pecho de su hermano.—Momentos de silencio.*

ALÍ. (*con ardor.*) Morir de hambre, pero morir con ella!—Bien, así lo prefiero, Dios mio!—Tú eres testigo de que hubiera sacrificado mi vida por la suya; pero ya que tus inescrutables decretos lo disponen de otro modo, colmando mis deseos, no quiero ocultar mi pensamiento.—Dios justo, yo te doy las gracias!

CAT. ¿Qué dice?... Hermano mio... tengo miedo!

ALÍ. Príncipe, dejadme que yo la responda.—Digo, Catalina, que mi alma está destrozada por haberos conocido en las puertas de la muerte, pero confieso tambien que la inunda la alegría al verse elegida para volver al cielo con la vuestra.—Oidme, ya que Dios nos enlaza en la tumba, estos momentos son supremos para nosotros. El Criador os predestinó sin duda al nacer para ser mi amor, porque hoy puedo por fin deciros: Catalina, Catalina... yo te amo! Dios inspiró el alma de mi madre! El arrojó tu nave á estas riberas; él me dió valor para desafiar la muerte, y me condujo despues hasta tus piés, para morir contigo, y volar unidas nuestras almas hasta su santo trono.—Ah! Catalina, si hoy hubieras vuelto á los brazos de tu padre, al esplendor, á las delicias de su córte, ¿crees acaso que el recuerdo de Alí no hubiera desaparecido poco á poco de tu memoria, que el único destino de tu amante hubiera sido el de ir á acabar en las gradas de tu palacio, una agonía mil veces mas cruel que la que nos amenaza?—Catalina, si me amas como yo te amo, no solloces mas y bendice la ocasion que nos mata; permíteme que te estreche en mis brazos en el último momento, con tanta fuerza, que sea imposible á tu alma subir á Dios, sin la mia... Catalina, ya no nos separa el nombre, la fortuna; no existen el esclavo moro, ni la princesa cristiana, el infante de Aragon... Solo hay tres séres delante de Dios, que hizo la igualdad para el sepulcro, la dicha para el cielo y la desesperacion para la tierra!

CAT. Alí, me dais terror!—Decís cosas espantosas, estrañas!—Voy á abriros mi corazon delante de mi hermano... Voy á deciros lo que siento... Solo una de las palabras salida de tu lábio es justa, la que proclama la igualdad ante el sepulcro!—Alí, en presencia del Dios de quien blasfemas, te juro que te amo. Te juro tambien que ningun poder humano podrá jamás arrancar tu imágen de mi corazon, si la suerte me vuelve á los brazos de mi padre; pero que consienta en alegrarme muriendo en este sitio! Que haga de mi agonía... un suicidio... eso nunca... Cesa de hacer á Dios responsable de nuestro infortunio, de hablar de condenacion y de muerte, para orar y recordar los dias que podriamos aun consagrar al bien.—Alí, antes de soñar en unir tu amor con el mio, piensa en que no eres cristiano!

ALÍ. ¡No soy cristiano!—¡Oh! El bautismo! El bautismo! Solo él debe abrirme las puertas del cielo, donde guardan tu sitio los ángeles.—Sí, soy un loco, Catalina... un insensato! Mas ¿qué quieres?... Te amo... y mi amor es ardiente como el sol del desierto.—Un delirio... Sí, un delirio eran mis palabras; ¿pero no ves que en uno de mis trasportes cometeria un crímen y creeria que era una prueba de amor?—Perdon.—¡Os aterran mis palabras?—Quieres vivir?—¡Ah! aunque sin armas, tengo mis manos y mis uñas... Sí... sí, infante de Aragon, ¿serán tan fuertes estas murallas que resistan á nuestros esfuerzos? (*Se oye un ruido sordo*). ¡Gran Dios!...—¡Ese ruido!...—Es la puerta que se cierra como una tumba! ¡Catalina! Catalina! Soy un infame!... Juré salvarte, y no he logrado mas que tu muerte!

CAT. ¡Alí, querido Alí, tranquilízate! Hermano mio, roguemos... roguemos á Dios para que se convierta y suba al cielo con nosotros!

INF. Alí, no temas. Si la profecia de tu madre no te engañó, tampoco me engañarán á mí mis sueños.—Catalina... no te espante ese ruido; nos hacen un escudo de piedra, y nuestro padre nos encontrará aquí mañana.

CAT. ¿Será cierto lo qué dices?—¿Le has oido, Alí?—Es la voz de la esperanza que un ángel nos envía. ¿No esperas nada del porvenir? ¡Hombres, hé aquí lo que sois todos!—¡Cuando veis apurados todos los esfuerzos naturales, os desesperais!—¡Nosotros, niños y mujeres, somos mas fuertes que vosotros... tenemos el cielo, cuando perdemos la tierra!—Oye: voy á proponerte una accion que nos alcanzará el favor divino.—Humilla tu frente para recibir el agua Santa, hijo de Mahoma! Seas bautizado en nombre de Jesucristo, y si á pesar de eso estamos sentenciados á morir, tendremos al menos el consuelo de que nos volveremos á ver en el cielo.

INF. Sí, Alí; recibe el Bautismo, y Dios acabará tu obra.

ALÍ. ¡El Bautismo!—¡Madre mia, cúmplase vuestra profecía!—Jóven, debia ser el padrino de tu gloria; selo tú de mi inmortalidad.

CAT. ¡Quiere... quiere!—Ya no temo la muerte.—Alí, soy tu desposada... y feliz! Hermano, agua... agua pronto.—Tómala de ese manantial, en esta concha, mi único vaso.—La Cruz... De rodillas delante de esta Cruz, Alí, y sé cristiano en nombre de la Santísima Trinidad.

ALÍ. ¡Oh! Ya te lo he dicho, Catalina; si tu Dios es verdadero, nos salvará á los dos.

INF. (*Al ir á tomar agua se dirige á los que trabajan detrás*). Y en tanto que vosotros seguís ahí en vuestra obra de muerte, nosotros empezaremos aquí la obra de la vida.

(*Alí se arrodilla.—Catalina está en pié con la Cruz en la mano.—El Infante presenta la concha á su hermana*).

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

El Asalto.

Vista interior de las murallas de Palma.—A la derecha el principio de la pared que hay sobre la puerta del calabozo de Catalina.—A la izquierda el horizonte.—Las tropas moras desanimadas ocupan las murallas.—Retabohihe, rodeado de sus oficiales, está en medio de la escena.

ESCENA PRIMERA.

Retabohihe, Hassan, Ben-Abet, *un prisionero cristiano, tropas moras.*

Ret. (*Furioso*). No... no os rendireis aun!... ¡Cobardes! ¿Así humillais el pendon del Profeta ante el pabellon cristiano?—Dad tiempo al menos para que pueda morir esa mujer á quien solamente hace un dia que la separa del mundo ese muro! ¡Quedaos, defendeos!—Hassan, que se repare la brecha que han abierto sus máquinas de guerra. Ben-Abet, reanima el valor de mis defensores. Dios de los cristianos, aun no estoy vencido.

Has. Señor, creo que si llegan á morir los hijos de ese rey, vencedor dos veces de nuestras tropas, nos esponeis á sangrientas represálias... Y si...

Ret. ¡Mal vasallo! ¿Cómo te atreves á dictarme órdenes y á darme lecciones de prudencia?—Aun soy vuestro señor, y os lo voy á probar ahora mismo.—Traed á mi presencia el prisionero cristiano de ayer. Y vosotros todos los que el Profeta destinó para morir ó vencer... á la muralla!

Ben. Señor, aqui teneis al prisionero cristiano. (*Este aparece rodeado de guardias*).

Ret. (*Dirigiéndose á él*). ¿Cuál es tu nombre, tu estado, tu pátria?

Pris. Soy catalán.

Rat. Te pregunto tu nombre y tu estado.

Pris. Ya te he respondido.

Ret. ¡Mientes!

Pris. Yo no miento.—Los que en Cataluña empuñan una espada, su primer nombre es el de hijo de su pátria; este título le dicta su deber; y quien dice caballero catalan, dice soldado de su Dios y defensor de su rey.

Ret. Bien.—¿Ignoras que en esta guerra, el ser prisionenero es ser muerto?

Pris. Lo sé.

Ret. ¿No te espanta la muerte?

Pris. No la temieron jamás mis antecesores, y los hijos que dejé en mi pátria en el regazo de su madre, esperan que su padre seguirá este ejemplo.

Ret. Sí, pero podrás burlarte de una muerte horrible.... de una muerte de larga agonía y espantosos tormentos?

Pris. Sí.

Ret. ¿Y con qué armas cuentas para resistirla?

Pris. Con la conciencia en mi Dios, la conciencia de mi honor, y mi deber de padre y de hijo.

Ret. ¡Oh! mientes!... Mas no me basta que tú lo digas; necesito que sea cierto. Escucha, la muerte que te amenaza, está allí... detrás de tí. Una palabra mia es bastante para que seas su víctima; pero no la pronunciaré si consientes en confesar en alta voz la situacion del ejército catalan y cuánto tiempo puede tardar aun en atacar estas murallas.—Responde.

Pris. Os he dicho que era catalan.

Ret. ¡Y bien!...

Pris. Matadme antes que os responda.

Ret. Ben-Abet, Hassan, llevadle lejos de mí! Hijo de María! tus defensores valen mas que los del Profeta.—Qué murmullos son esos? Qué decis?—Silencio!

Sold. *moros.* Los cristianos! Los cristianos!

Todos (*con terror*). Los cristianos!

Ret. Ah! Maldicion sobre mí!

Ben. Señor, las tropas no se atreven á defender mas tiempo las murallas!

Ret. (*Con desesperacion*). Mentís! mentís!—Enarbolad el pendon del Profeta!—Seguidme todos!—A ellos! Ah! ¿huís y me dejais solo?—Infames!—Oh! que se vayan... yo no abandonaré este sitio... aquí debe acabar mi vida, mi corona y mi nombre!

(*Los cristianos aparecen sobre la muralla.—Débil resistencia y huida de los moros.—Aparece el primero don Jaime acompañando la bandera cristiana.—La pone en tierra luego que llega al sitio que ocupaban los moros*).

ESCENA II.

D. Jaime.—Nuño Sanz, *todos los caballeros cristianos del cuadro tercero;*—Retabohihe, *etc.*

Jai. En nombre de Dios, señores, tomo posesion de Mallorca!—Ellos huyen cobardemente, y Mahoma se humilla ante Jesucristo.—Seguidme, aun no he abrazado á mis hijos!

Ret. (*Con el alfanje desenvainado*). No los verás aun... antes pasarás sobre mi cadáver.

Jai. Retabohihe!... atrás todos! Este hombre me pertenece.—Ah! al fin eres mio.—(*desarmándole*). A tierra el acero. (*cogiéndole la barba*). Retabohihe, yo soy D. Jaime, el rey de Aragon, y conde de Barcelona. ¿Niegas aun mi existencia?—Pero... mis hijos... mis hijos, ó eres muerto!

Ret. ¡Hiere... hiere pues!

Jai. No... no te heriré!—Eres una prueba viviente de mi poder.—¿Crees que te necesito para salvar á mis hijos?—Tu Almudena los esconde, y voy á convertir en polvo sus muros.—Guardad á ese hombre!—(*dirigiéndose al fondo*). Venid todos.. y no dejeis piedra sobre piedra de las murallas de esta ciudad!

Ret. (*Aparte*). Vencido!... vencido en todo! Ah! lo olvidaba... aun tengo mi puñal! (*en alta voz*). Deteneos! (*con amarga sonrisa*). Rey de Aragon, voy á volverte tus hijos!

Jai. Se decide al fin...

Ret. Dejadme libre un instante, con el que fué vuestro embajador.—Derribad esa pared.

Jai. Nuño, serás feliz el primero.—(*A los soldados*). Derribadla! (*Los soldados van hácia la pared que no se vé*).

Ret. (*Aparte y con la mano en el puñal*). No ha sido mia viviendo... no la volverán á ver sino muerta! (*Se va por la izquierda seguido de Nuño Sanz*).

Jai. ¿Qué murmura el infiel, señores?—¡Estaba aun armado!—Ah! venid... venid!

Cat. (*Arrojando un grito dentro*). Ah!

Jai. (*Deteniéndose aterrado*). Catalina!—La voz de Catalina!—Ah! Habré vencido solo para matarla?

ESCENA III.

Dichos, Catalina, Alí, El Infante, Nuño Sanz, Retabohihe, *moros encadenados, etc.*

Cat. (*Cayendo desmayada en los brazos de su padre*). Padre mio... padre mio! Ya estoy salvada, pero él... se muere!

Jai. (*Abrazándola*). Hija mia!... hijos mios!—¿Pero dónde está tu hermano? Dónde está Jaime?

Cat. Vive, y está en salvo.—Alí... Alí es quién va á morir por mí.—Vedle! Viene á saludaros antes de subir al cielo!

Jai. (*Arrojándose hácia Alí, que conducen en sus brazos Nuño Sanz y el Infante á quien sigue el rey moro encadenado*). Alí!... recibiste el golpe del asesino!... Serás vengado!

Alí. (*Muriendo y sentándole sobre unas ruinas de la muralla*). No, mi rey; no quiero la venganza sobre mi

tumba. Soy cristiano desde ayer.—Catalina, tu mano! —Ella me hará vivir algunos instantes mas.—Príncipe, la vuestra. El contacto de una mano moribunda dá la dicha á la juventud!—Rey, he cumplido todas mis promesas. Mallorca es cristiana, y está tu hija en tus brazos; tus guerreros son vencedores, y mi pecho ha servido de escudo á los de tus hijos.

CAT. (*Prorumpiendo en sollozos*). Vivirás! Vivirás!—La cruz de oro debe salvarnos á los dos!

ALÍ. (*Debilitándose por momentos*). No, Catalina; yo moriré... siento que mis fuerzas se debilitan... y la luz... huye de mis ojos... La cruz de oro no podia salvar mi cuerpo sino mi alma.—Qué mayor dicha puede darme si me abre los cielos, donde nos volveremos á ver, para no separarnos jamás, y donde Dios verá con placer que Alí sea tu esposo! Catalina... tu mano...—Que al menos, al morir, pueda el esclavo estampar sobre ella su último beso!—Madre mia!... Madre mia!... Ah!... yo muero...

CAT. Muerto! Padre mio, rogad á vuestros caballeros que no pidan mi mano por premio de su valor, porque vivo ó muerto soy la esposa de este hombre delante de Dios.

JAI. Paz á su tumba, señores!—Paz al dolor de mi hija!—Te perdono, Retabohihe, por el reposo del alma de tu víctima, pero serás mi prisionero.—Santos obispos, bendecid hoy mi conquista. ¡El mérito de toda obra humana debe volver á Dios!—Y tu, hijo mio, que un dia has de ser rey de esta isla, aprende á hacer de Mallorca la joya del Mediterráneo, como yo hice su reina á Barcelona!

FIN DEL DRAMA.

MADRID.
Imprenta de D. ANSELMO SANTA COLOMA.
Dos Hermanas, 19, bajo.
1861.